



Toda la correspondencia al Administrador D. G. Ogier, Espinosa 9a-10, 14.—Madrid.

# El Mundo Femenino

Se publica todos los domingos. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 3'50 pesetas. — Por un año 6. — A los correspondientes 2'50 la mano.

EL DIA DE UNA ELEGANTE. — I.ª SERIE. — Por La Corda.



FRICCIONES

dermos como una gracia el que esta noche te has quedado aquí? Pues por mi parte, puedes marcharte; cuando quieras, cuando quieras... ya estoy tan acostumbrada, que hasta me fastidia tu presencia...

—Pues para que veas, esta noche tengo yo deseos de estar en familia, tomarme mi café hecho por mis manos, fumarle mi puro al amor de la lumbre, y gozar, en fin, de los placeres del hogar doméstico. Si queréis, os invito á una partida de tresillo, ¡ea! y noche completa. Vamos, querida Rosalía, trae las cartas y las fichas.

—Anda tú por ellas, y juega con mi primo y con Asunción: yo no juego.

—Vaya pichoncita mía, no te enfades, y sé amable—añadió Andrés tomándole la barba á su mujer.

—¡Quita!... Anda á sobar á esas...

—Vamos, no seas arisca, mujer.

—Te digo que no seas pesado y que me dejes

—¿Has visto tú qué cariñosa y qué amable es mi esposa?—me dijo Andrés haciéndome señas, como diciendo: ¿Qué te parece? ¿tenía yo razón?

—Pero Rosalía—dije á mi prima—si así le tratas, ¿cómo quieres que halle gusto en quedarse en su casa?

—Sí, sí, me pondré á hacerle fiestas después de su abandono...

—¡Mi abandono! Nadie como yo era casero hace un año, primo. Me levantaba por la mañana, me metía en mi despacho, recibía á mis clientes, y á las dos dejaba á los pasantes en el bufete y me venía á hacer compañía á mi mujer; pero allí me esperaba la pendencia. Ya era porque me negaba á tomar abono en el Español, porque los tiempos no son nada buenos para superfluidades, no podía hablar de la amiga H ó R y reconocer que son bellas ó elegantes, ó finas ó espirituales, sin que las tres señoras se me viniesen encima como una sola hidra de tres cabezas.

—¡Me parece muy bonita la comparación!—exclamó mi tía.

—Me harás el favor de no insultar á mi madre—añadió Rosalía.

—¡Grosero!—murmuró Asunción.

—¿Estás viendo, primo? ¿Estás viendo?

—Sí señor, es usted un grosero, tiene razón mi hermana, y se conoce que está V. siempre metido entre tías y entre mozalvetes mal educados. Pero lo que es aquí es preciso que sepa V. que está en una casa decente, en una casa honrada.

—¡Perdone V. señora! no he querido ofender á esta casa... si hubiera sido la mía...

—No lo es de V., puesto que no pára en ella.

—Pero la sostengo.

—Eso es decirme—exclamó mi tía—que yo estoy aquí de limosna...

—¡Señora!

—Y quien ha de agradecer sus comodidades es usted, señor mío—añadió Asunción.

—¿Y por qué, hija?

—¿Por qué?—dijo Rosalía—porque yo traje aquí tres mil duros cuando V. no ganaba aún mas que diez mil reales.

—Tres mil duros, á que yo no he tocado—contestó Andrés—y que se han convertido en trapos: guardo las cuentas.

—Cuando era obligación de V. el vestirme.

—Sí, pero no gastarme en un año treinta mil reales en capotas y en vestidos y en abrigos. Yo no trabajo sólo para eso.

—Por que es V. un tacaño.

—Un roñoso.

—¡Calla!

—¡Un miserable!

—¡Calla!

—Un co...

—¡Ea! á paseo, señoras mías.

—Vaya V. á...

—Antonia—gritó Andrés á la criada; una luz en mi cuarto.

—Sí, ande V. á buscar pelendruscas.

—A buscar la paz que me falta aquí.

—A esas no les negaré V. palcos ni vestidos.

—Naturalmente, como que se los ganan.

—¡Es abominable! ¡no se puede oír!—exclamó mi tía levantándose y saliendo del gabinete.

—A mí no se acerque V. en su vida—dijo Rosalía amenazando con un dedo crispado á Andrés y siguiendo á su madre.

—Es V.... un trasto—siguió diciendo Asunción tomando el mismo camino.

—Vamos, ¿te has desengañado? ¿Crees que es posible vivir una hora la vida doméstica entre estas tres harpías?

—Seguramente, que...

—Lo has visto, ¿eh? Pues ven á ver ahora el contraste.

—Tomaremos primero el café...

—Qué café, ni qué demonios: ya nos lo darán en otra parte: ven.

### III

Media hora más tarde nos hallábamos alrededor de otra camilla.

Andrés ocupaba un profundo sillón. A su lado una encantadora rubia servía un aromático moka en tacitas de porcelana del Japón, al que acompañaban algunas pastas de vainilla.

—¿Lo quieres muy dulce, hijo mío? le decía la rubia á mi primo político con tierna sonrisa.

—Conque lo mires basta, la contestaba éste. Tus ojos y tu sonrisa endulzan hasta el alma.

—¡Qué tonto! ¿Ha visto Vd.? Y estrechaba contra su seno la cabeza de Andrés.

—¿Quieres que vayamos al teatro? Tengo un palco para los tres.

—Si tú lo deseas... pero hace tanto frío y estoy tan bien á tu lado...

## EN LA CASA Y EN LA CALLE

## I



IRA, Andrés, decíale yo á mi primo político, Rosalía se queja de que vives más en la calle que en la casa, que ni una noche puede tener el gusto de que te quedes en familia, que con el bocado en la boca tomas el sombrero, te marchas y no pareces por tu casa hasta la una ó las dos de la mañana, cuando pareces. Esto me ha extrañado al venir á Madrid después de diez años que no os veía, y creyendo encontrar un matrimonio unido, me encuentro...

—¿Desde cuándo no ves á Rosalía? me contestó.

—Desde un mes después que os cosasteis.

—Ya se conoce: la viste en plena luna de miel.

—¿Pues qué, tanto ha variado?

—Como todo lo que yo te digiera es poco, y no lo creerías, esta noche voy á darla gusto: tú estarás allí y juzgarás.

—¡Bah! algunas pequeñas controversias matrimoniales...

—Bien, ya verás, ya verás.

Nos despedimos hasta la noche, no sin exigir de Andrés que fuera prudente, si por acaso se suscitaba alguna reyerta en mi presencia.

## II

A las ocho nos hallábamos en torno de la caliente camilla, cubierta con un elegante tapete y sobre la que ardía un gran quinqué con pantalla rosa, que daba al gabinete un tinte alegre, convidando aquel modesto *confort* á pasar, no una, sino cien noches del invierno, al lado de la mujer más bonita, de la cuñada más graciosa y de la más simpática de las suegras.

Acababan de comer, y decidieron que tomásemos el café, hecho en maquinilla, en aquel caliente y alegre gabinetito.

Andrés tenía todo el aire de un esposo casero y bonachón. Estaba en batín y pantuflas, sentado en una ancha butaca, con la falda de yute de la camilla echada sobre el pecho y siguiendo con infantil placer las evoluciones de la hirviente agua, que subía y bajaba cada vez más cargada de color, formando como una bomba de cristal opalino, al derramarse sobre el moka, dentro de la gran campana de cristal que cubría el aparato.

Rosalía se ocupaba en una complicada labor de crochet; su hermana Asunción terminaba una toquilla de pluma color celeste y blanca, y doña Camila, mi tía y madre de ambas, ponía unas punteras á unas medias, prenda que sólo usaba por ella confeccionada, como lo vió hacer á su madre y á su abuela. Yo hablaba y bromeaba con unas y con otras, y las distraía contándolas aventuras picantes de mi independiente juventud, y ellas se reían á mandíbula batiente.

—Qué loco ha sido siempre este chico, decía mi tía.

—Más vale así, contestó Rosalía; de ese modo cuando se case ya habrá parado, mientras que *otros* que parecían mansos corderos antes de casarse..

Y una rápida mirada dirigida de soslayo hacia Andrés terminó la indirecta.

Andrés se rascó la cabeza, cerró los ojos y apretó los labios, reprimiendo un suspiro, que salió lento y prolongado por la nariz, como el aliento comprimido durante algunos segundos.

Asunción se sonreía: doña Camila alargó los labios algunos milímetros y enterró la barba en el voluminoso seno. ¡Una ráfaga de mal humor había producido el hielo en medio de aquella atmósfera, templada á los veinte grados centígrados!

Para romperlo, desvié la conversación de aquel tema, y hablé del teatro Real.

—¿Han visto ustedes *La regina di Saba*? Dicen que Gayarre y la Kupfer la cantan maravillosamente.

—¡Ver! exclamó mi prima. ¿Aquí se ve nada? Mamá dice que no puede resistir el sueño y que no quiere dormirse en la butaca para que la vean pescando; y como mi señor marido nunca está propicio á acompañarnos...

—¿Que nó? Cuántas veces no te he dicho...

—¡Ah! sí, por compromiso, pero siempre sin gusto.

—Mujer, cuando él te invita... intervine yo.

—¡Bah! ¡bah! tú no conoces á éste. Todo lo que es sacarle de su café, de su casino ortodoxo y de sus... burdeles...

—Rosalía... mira lo que dices—contestó con calma Andrés.

—Sí, sí, burdeles, burdeles. Pues qué, ¿es Villaverde ó Canovas ó Toreno los que llevan ese olor apesetoso de alóysia ó de patchouli que traes en las manos, y son ellos los que te dejan en la levita esas señales de velutina perfumada conque pareces un yesero?

—Es que voy de tertulia un rato á la perfumería inglesa y se me pegan esos olores, y cuando sacan una caja de polvos, suelo tomarla, y me caen algunos, y...

—Sí, sí, no son malos... En fin, que lo peor que puede caberle en suerte á una mujer, es un marido que no la haya corrido de soltero.

—Esas, prima, son preocupaciones tuyas. Andrés te ama... él me lo ha dicho veinte veces desde que llegué á Madrid.

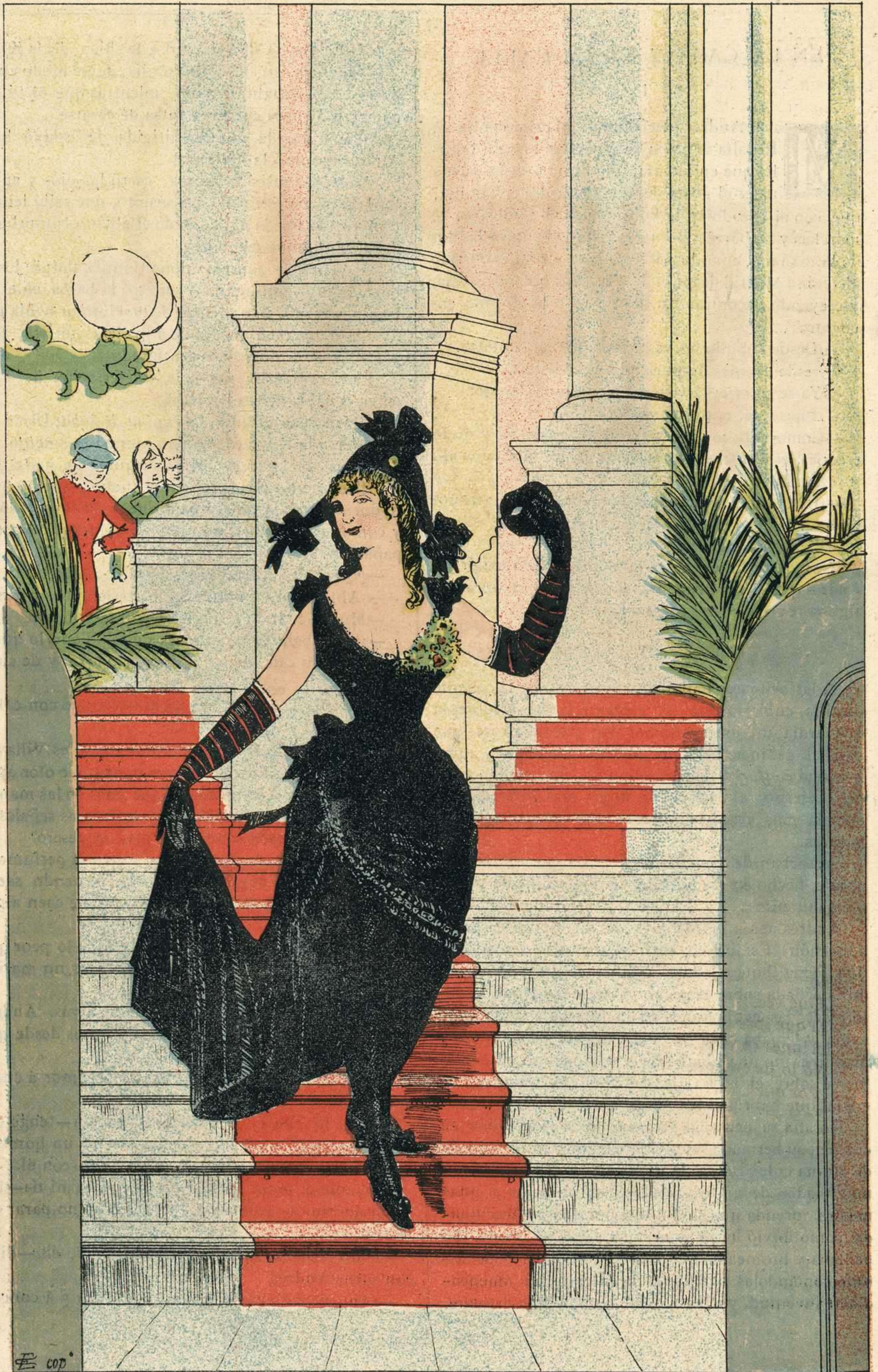
—¡Amarme! ¡ja! ¡ja! Vosotros llamáis amor á cualquier cosa...

—Pues lo que es yo—añadió Asunción—tengo en mi hermana el ejemplo; y como no sea un hombre que tenga patente de calavera, no me caso con él.

—Es que á todos los hombres—añadió mi tía—les gusta un rato de expansión, pero eso de no parar en la casa...

—Para disfrutar de estas amenas *soirées*, ¿eh?—dijo con sorna Andrés.

—¡Ah! ¡ya empezas á echarnos en cara y á conce-



E cop

LA TUNA EN CARNAVAL (De una tabla francesa)



NUEVO FIGURÍN DE TRAJE DE CAZA

—Como quieras... ¡Ah! ¿Te ha traído la modista el vestido?

—¿Qué vestido?

—El que ibas á encargarla para el baile de máscaras del lunes en el Real.

—No lo he encargado.

—¿Por qué?...

—Pues no me digiste hace quince días que habías tenido que pedir prestados tres mil reales porque no tienes dinero!

—¡Pobrecilla! Toma; ya lo tengo; cómprate el traje.

Y Andrés sacó de la cartera tres billetes de cien pesetas.

—¿Es bastante?

—¡Y sobra! ¡Qué bueno eres, y cuánto te quiero!

IV

¿Quién era aquella mujer?

La compensación para Andrés.

Sin ella, él me lo aseguró, hacía mucho tiempo que hubiera volado desde lo alto del Viaducto.

E. DE LA CERDA.

LA MUERTE DE UNA PECADORA

POR RAMON DE NAVARRETE.

En 1871, durante los meses de septiembre y octubre, corría yo todos los domingos en casa de mi amigo Julio S... que habitaba un elegante entresuelo en la calle de Luxemburgo, en París.



Y comenzó á hablarme de dos ó tres novelas publicadas por mí: de mis revistas críticas, de mis artículos de *La Epoca*.

(Continuará.)

## COQUETERÍA

### UN CONSEJO Á LAS JÓVENES

por ELISA R...

(Continuacion)

—¡Ah, mamá! yo siempre...

—Déjate de excusas Teresa; comprendo perfectamente el corazón de la mujer, y mucho más el de la mujer que empieza su carrera en el mundo.

Lo que hoy te sucede lo había previsto; pero, como te he dicho, he dejado que los sucesos hablen por mí.

Escucha: cuando una joven entra en la adolescencia, su corazón experimenta un secreto impulso que le hace adorar dos ideas: el amor y la amistad.

Ambas le sonríen, ambas le brindan con placeres inefables; pero, hija mía, esos placeres están rodeados de espinas, que es preciso separar con gran cautela para no dejar en ellas el corazón desgarrado. En el mundo existen hombres de alma grande, de carácter ingenuo y cuyos labios son intérpretes de su corazón; hombres que adoran la virtud de la mujer, que comprenden su destino desgraciado y que la respetan y estiman por su misma debilidad; pero también hay hombres impíos, almas degradadas que manchan cuanto tocan. Estos, á imitación del oro falso, se confunden con los buenos á la vista de la pobre joven sin mundo. Es preciso el ojo de una buena madre, esa piedra de toque que distingue todo aquello que es perjudicial á su hija, para conocer el hombre en quien ella pone los ojos.

Hay también hombres de corazón recto, hermoso y noble, pero que no están exentos de debilidades, que les hacen aparecer culpables.

Carlos es uno de ellos.

Carlos te ama, no lo dudes; pero tal vez está fascinado por Eugenia. En el amor es un niño, y los niños están siempre dispuestos á extraviarse. Para esta clase de hombres es excusado el rigor, porque, como niños, son voluntariosos y obcecados; para corregirlos es preciso dejarles que reciban un golpe y vuelvan pidiendo ellos mismos un remedio á su mal. Entonces se les compadece, se les hace olvidar su extravío á fuerza de cariño, y llega un día en que, haciendo comparaciones, se avergüenzan de su mala acción.

Carlos recibirá ese golpe, que no tardará en asestarle Eugenia, y volverá á tí curado por completo.

Ahora bien; esa otra inclinación de la joven hacia la amistad ofrece más peligrosas consecuencias.

Óyeme, y no llores:

Desde que una joven empieza á sentir conmovido su corazón por esos dulces ensueños que crea en su mente la imagen de un hombre, su primer paso es consultarlo con su amiga íntima. Ésta, que raras veces obra desinteresadamente, la da consejos; pero ya ves qué consejos puede dar una joven tan inexperta como la que los pide.

Si la amiga tiene buen corazón, se deja guiar por buenas apariencias y comunica su errado juicio á su amiga. Si es de esas mujeres egoístas, envidiosas, mal intencionadas por naturaleza, sucede una de dos cosas: ó que le aconseja para que acepte todo, aunque sea perjudicial, ó si cree que puede hacer la felicidad de una mujer el hombre que la obsequia, procura con todas sus fuerzas desvanecer en el ánimo de su amiga todas las simpatías que la inclinen en favor de aquel hombre, y trabaja por cuenta propia para atraérsele, y hasta si es preciso, la desacredita á sus ojos. La amistad entre las mujeres es muy rara, Teresa; por muy amigas que parezcan dos mujeres, siempre existe entre ellas cierta repulsión, que ni una ni otra se acierta á explicar. Se disputan una mirada, un galanteo; la distinción usada con la una, hiere el amor propio de la otra. La superioridad en talento, en posición, en belleza, son otros tantos martirios para la que creas más amiga tuya. No esperes reserva en una amiga, porque está en nuestra naturaleza no callar ni aun lo nuestro. De buena ó de mala fe, ya bajo el velo de la confianza, ya por un hábito de murmuración, la mejor amiga te venderá. ¡Cosa extraña! Tiene una joven á su madre, y le ocultará sus secretos, sus emociones, sus desgracias, cuando esos secretos hallan un supulcro en su corazón, esas emociones tienen un eco en su alma, y esas desgracias también lo son suyas. É irá á poner su confianza en un corazón advenedizo, que no la comprende, porque no la ha estudiado desde su más tierna edad; que no tiene interés en su felicidad, porque hartó tiene con pensar en la suya, y para quien tal vez es un estorbo...

—¡Es verdad!

—Sí, hija mía, es una verdad muy amarga; pero es preciso convenir en que así es. Y por otra parte, ¿para qué sirven esas amigas? ¿Se cifra por ventura en ellas la felicidad de una joven? ¿tienen en su mano su bueno ó mal porvenir? ¿son ellas las que han de guiar su alma por la senda de la virtud? Una joven no debe tener, no tiene más amigos que Dios y su madre; más adelante, su esposo; único sér á quien debe oír, el solo á quien ha de consagrar su existencia, y atender y creer como un oráculo.

—¡Ah! ¡madre querida! cómo ha abierto Vd. mis ojos con sus consejos. De hoy más no tendré más confidente, más consejera... más amiga, que mi madre.

—Y ella te guiará hasta que venga á reemplazarla aquel que el cielo te designe por esposo.

Ahora, empieza á poner en práctica tu buen deseo, haciendo lo que voy á decirte:

Es preciso que vayas al baile.

Generalmente estábamos solos los dos, lo cual no impedía que la conversación fuese alegre y animada.

Julio me pedía noticias de sus amigos de Madrid, de quienes vivía ausente hacía muchos años, ó me contaba curiosas y entretenidas historias, tan abundantes siempre en la capital de Francia.

Después de comer, él fumaba un cigarro en una fresca terraza, que daba sobre los jardines del ministerio de Justicia, y yo hojeaba los periódicos vespertinos. Luego salíamos é íbamos á pasear en carruaje á los Campos Elíseos ó al concierto llamado de Bessélievre y más generalmente de Masard.

Una tarde, ó más bien, una noche—porque en octubre oscurece temprano—al entrar en la antesala de mi amigo, me sorprendí al encontrarla obstruída por mundos, sacos y otros efectos de viaje.

—¿Te marchas?—pregunté á Julio, á quien ví aparecer de puntillas y poniéndose un dedo en los labios para indicarme que no iniciase ruido.

—Nó—me respondió en voz baja—pero tengo una huésped en casa.

—¡Una huésped!—exclamé atónito.

—Una antigua amiga mía—añadió algo turbado—que se halla muy enferma y viene á consultar á los médicos de París. En semejante situación, yo no podía consentir que fuese á parar á un hotel.

—Es verdad. Entonces, hasta la vista—repuse, volviendo á coger mi paletot y mi sombrero.

—¿A dónde vas?

—Al restaurant.

—Nada de eso: la persona de quien se trata ha tenido que acostarse á su arribó, y comeremos, como siempre, solos los dos.

Durante la comida, la cual fué más triste y silenciosa que otras veces, Julio me dió algunas noticias acerca de la recién llegada: díjome que no tenía familia; que sus padres habían muerto durante su niñez, y que una larga y penosa dolencia la tenía retirada del mundo hacía bastante tiempo.

—¿Es joven?—pregunté.

—Tiene treinta y seis años.

—¿Bonita?

—Lo ha sido mucho antes de que la enfermedad hiciese estrago en su rostro como en su cuerpo. Pero ya la verás: no ignora que estás aquí y me ha manifestado deseos de conocerte.

—¿Sabe mi nombre?

—Y lo que es más, ha leído tus artículos y tus libros. ¡Oh! Es persona ilustrada y de talento: habla el inglés, el alemán, el italiano y un poco el español. En fin, confío en que el reposo la aliviará y en breve tendré el gusto de presentaros el uno al otro.

No me atreví á reclamar más pormenores acerca de la dama en cuestión: antojóseme que Julio evitaba dárme los, y que envolvía cierto misterio sus relaciones con la desconocida.

Aquella noche no aguardé á que mi amigo fumase su cigarro; estaba distraído, impaciente, nervioso, y

juzgué deber retirarme en cuanto nos levantamos de la mesa.

—¿No tomas café?—me dijo al verme en actitud de marcharme.

—No me deja dormir, y prefiero darme un paseo á pie por los Campos Elíseos. Además, tú necesitas dedicarte á cumplir, como caballero galante, los deberes de la hospitalidad.

—Nó—repuso sin empeño y sin insistencia—esa señora tiene, para que la cuide, á su doncella.

—No importa, lo natural es que tú la hagas compañía.

—Como gustes. Si no nos vemos antes, hasta el domingo.

—Me propongo venir á saber noticias de la enferma.

—Cuando quieras.

Y nos separamos: él sin duda satisfecho de mi prudencia: yo, lo confieso, poseído de viva y natural curiosidad.

## II

Dos días después volví á informarme del estado de salud de la amiga de Julio, y supe que era mejor; al fin de la semana le hice una segunda visita, y en ambas ocasiones me encargó no faltase el domingo á la costumbre establecida entre nosotros.

—Espero—añadió Julio—que podré presentarte pasado mañana á la señora, quien lo desea mucho.

¿Por qué no pronunciaba nunca su nombre? ¿Por qué decía meramente la señora?

Esto acrecía más mi deseo de descifrar el enigma.

Llegó por fin el día deseado, y á las siete en punto subía yo la escalera del elegante edificio de la calle de Luxemburgo.

El criado que me abrió la puerta me introdujo sin tardanza en el salón.

Reinaba en él una luz suave y tibia; dos lámparas, cubiertas con pantallas de color de rosa, esparcían bastante claridad, aumentada con la llama de la chimenea, donde—aunque el día fuese apacible y hasta caluroso—ardían dos gruesos troncos.

En el rincón más abrigado del aposento distinguí un bulto blanco, muellemente recostado en un diván azul: próximo se hallaba Julio, que se levantó al verme y vino á mi encuentro.

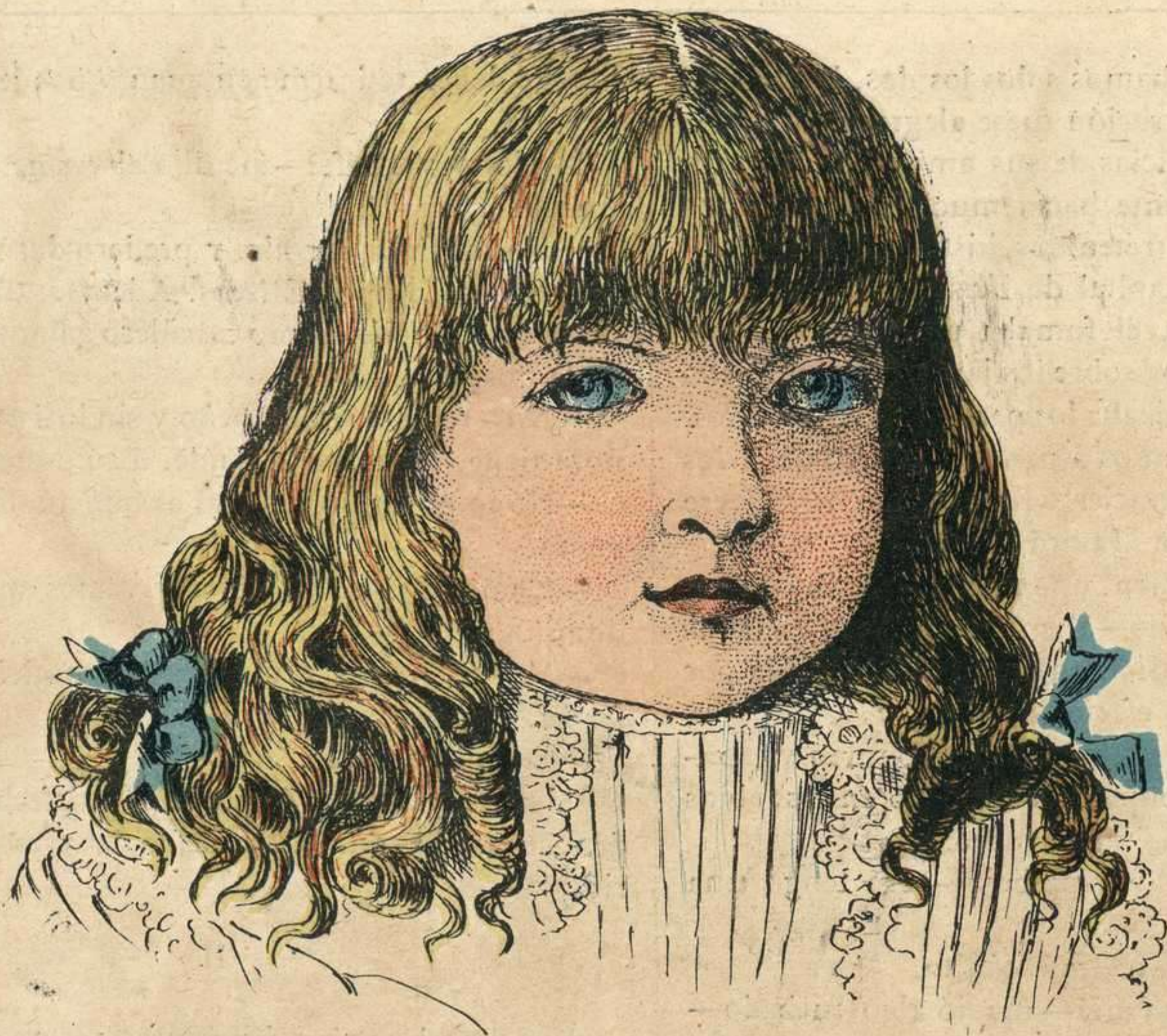
Te esperábamos con impaciencia—exclamó cogiéndome de la mano y llevándome así hasta el diván.

—Mi amigo—añadió—y sin pronunciar su nombre repuso: Tengo el gusto de presentarte á mi huésped.

Esta se puso en pie, y me hizo un saludo gracioso, indicándome al propio tiempo un sillón inmediato.

—Julio—dijo con voz dulce y melodiosa—me ha hablado mucho de V., y por lo tanto, estoy enterada de la antigua amistad que les une; pero yo le conocía á V. antes de ahora por sus escritos.





### EL BEBÉ DE MI CASA

(por el propio cosechero E. de la C.)

—¿Al baile! ¿y con quién? ¿para qué?

—Conmigo; ¿con quién ha de ser?

—Pero si está V. cansada... yo no tengo necesidad de bailes. Y luego, ¿á qué voy á la quinta de los Molinos? ¿á sufrir?

—Hay, hija mía, enfermedades que requieren, para su curación, operaciones dolorosas, pero que dan la vida, ¿entiendes?

—¡O que matan, madre mía!...

—Más mortal es la negligencia en curarlas. Las enfermedades del alma las curan fuertes emociones, sacudidas terribles, detras de las que vienen la paz y la calma del espíritu. Tu enfermedad es la duda, ese veneno sutil, lento, agudo que va minando la existencia y acaba con ella, peor mil veces que la más desconsoladora realidad. Irás al baile, y allí, ó te desengañarás por completo de que Carlos no te ama, y entonces el bálsamo de la resignación y el cariño de tu madre te curarán, ó conocerás que su distracción es sólo resultado de una fascinación momentánea, y la esperanza abrirá en tu corazón fuentes de consuelo, y ya sabes que *esperar, es vivir tranquilo, si no feliz*. Valor, hija mía; entras ahora en la juventud, que es la edad en que la mujer marcha por una alfombra de flores, pero no exenta de algunas espinas. Vamos á vestirme.

Teresa se dejó guiar por su madre, y en un momento arregló su tocado.

A las nueve y media partían á la quinta de los Molinos.

### III

#### El tocador de la coqueta.

La noche había cerrado por completo.

Eugenia se hallaba frente á frente de su consejero, de su oráculo, de su demonio auxiliar: su espejo.

El espejo para una coqueta es tan necesario como el aire que respira.

Lo es también para cualquier joven bella, porque siempre es un genio benéfico que le sonríe.

Para la pobre á quien la naturaleza ha marcado con el sello de la fealdad, el espejo es un sarcasmo vivo, es un genio burlón que la echa en cara de continuo su deformidad.

No hay mujer bonita que no se mire con complacencia al espejo.

Eugenia, hemos dicho, se hallaba frente á frente de su espejo.

Su doncella acababa de extender su rica cabellera sobre sus espaldas desnudas, y se preparaba á formar uno de aquellos peinados extraños, de los que Eugenia era autora y directora.

Con los ojos fijos en el bruñido cristal seguía los movimientos del peine, y de cuando en cuando prorrumplía en exclamaciones de impaciencia, como el capitán que dirige la maniobra de un buque y no ve ejecutadas sus órdenes con la puntualidad que desea.

(Continuará).

